

**Homilía para el Domingo Vigésimo**  
**Octavo del ciclo litúrgico B**  
**11 Octubre 2015**

Lectura: Sab 7, 7-11

Evangelio: Mc 10,37-30

Autor: P. Heribert Graab S.J.

La predicación y la vida del Papa Francisco marcan un término más amplio que el de la ‘misericordia’: El término de la ‘pobreza’.  
Hace poco señalaba lo importante que era para él la pobreza vivida:  
Ante el Congreso americano se presentó de nuevo con un pequeño Fiat mientras grandes y lujosas limusinas le precedían y le seguían.

También con estos gestos nos recuerda continuamente el mensaje de Jesús:  
“Benditos, vosotros pobres, porque os pertenece el Reino de los Cielos.” (Lc 6.20)  
El reverso de esta bienaventuranza es naturalmente la crítica a un modo de economía y de vida, que se orienta sobre todo a la ‘ganancia’.

Ciertamente de esta cuestión sobre la pobreza y la riqueza se trata también en la Lectura y en el Evangelio del domingo actual.  
Ya hace catorce días escuchábamos en la Lectura con cuanto rigor juzga Santiago la riqueza:  
“Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos son pasto de la polilla. Vuestro oro y vuestra plata están oxidados; y este óxido será un testimonio contra vosotros y corroerá vuestras carnes como fuego.” (Sant 5,2-3)

La espantosa radicalidad de Santiago es relativizada hoy en la Lectura del libro de la Sabiduría; la sabiduría se funda finalmente en el Espíritu Santo de Dios y en Su corazón amoroso.

De este modo el don de la sabiduría tiene una fuerza  
resplandeciente y un valor que ensombrece todo lo demás:  
ninguna piedra preciosa se puede igualar a ella;  
todo el oro parece un poco de arena a su lado;  
la plata, frente a ella, tiene el valor del barro.  
La sabiduría divina regala riquezas de forma totalmente  
diferente,  
al lado de las cuales la posesión terrenal está completamente  
descolorida.

La amorosa invitación del ‘joven rico’ al seguimiento de Jesús  
procede de esta sabiduría divina,  
que promete ‘tesoros que permanecen’ y una verdadera vida  
plena.

Pero el ‘mucho poseer’  
cierra el camino hacia una vida verdaderamente plena.  
Esta riqueza terrenal embarga total y finalmente a una persona.  
No deja ningún espacio para lo esencial, para aquel tesoro que  
permanece.

De ahí, el consejo de Jesús:  
“¡Anda y vende lo que tienes  
y da el dinero a los pobres!”  
En la boca de Jesús suena este consejo  
de forma muy natural y prometiendo felicidad.  
Pero al joven no le suena así  
para saltar sobre su propia sombra.

Jesús así pone fin al diálogo con sus discípulos:  
“¡Qué difícil es que un rico entre en el Reino de los Cielos!  
Entra más fácilmente un camello por el ojo de una aguja.”  
Se percibe en las palabras de Jesús tristeza  
por el poder acaparador de las posesiones terrenales,  
que tampoco suelta este hombre francamente simpático.

Ya la consternación personal de Jesús señala,  
lo central que es para él esta cuestión de la riqueza y la pobreza.  
Continuamente Sus pensamientos giran en torno a este tema  
¡que precisamente no es un tema secundario del Evangelio!

Un par de ejemplos:  
+ “Nadie puede servir a dos señores...  
Vosotros no podéis servir a Dios y al dinero.” (Lc 16,13)

+ “Vended vuestras posesiones y dad limosna a los pobres.  
Hacedos monederos que no se rompan.  
Conseguid un tesoro que esté seguro de robos y de polillas.  
Porque donde esté vuestro tesoro allí estará vuestro corazón.”  
(Lc 12,33 y ss.)

+ El relato ejemplar de Jesús  
del hombre rico y del pobre Lázaro... (Lc 16,19 ss)

+ La parábola de Jesús de los que fueron invitados  
a un convite festivo:  
el campo comprado y el ganado son más importantes para ellos.  
Y finalmente los pobres ocupan los sitios de ellos. (Lc 14,15 ss)

+ O como último ejemplo la palabra de Jesús que se lamenta  
de que la semilla de la Palabra de Dios cae continuamente en las  
espinas de las preocupaciones, de la riqueza y de los placeres de  
este mundo... (cf. Mt 13,3-23)

¡Aunque todavía se pueden hallar muchos ejemplos de esta  
clase,

Jesús no condena en absoluto los bienes de este mundo!  
Más bien se trata de las prioridades correctas:  
En primer lugar se trata del Reino de Dios.  
Sólo en él está la realización de la vida humana.  
Sólo el Reino de Dios ofrece “tesoros que perduran”.

Para Jesús en segundo lugar se hallan los pobres.  
A ellos, que en este mundo salen perdiendo, va dirigido todo Su  
amor.

En este sentido están libres de las cadenas de la riqueza,  
también están más abiertos al mensaje del Reino de Dios de  
Jesús.

En la lista de prioridades de Jesús se ha de subordinar todo lo  
demás a estas prioridades preferentes.

Y en este ‘orden justo’ tienen también en los bienes temporales  
su propio valor.

Por tanto, cuidados en primer lugar del Reino de Dios  
y después, naturalmente de todo lo demás, de lo que es necesario  
para la vida.

Después finalmente debéis confiar en que vuestro Padre celestial  
sabe, lo que necesitáis para vivir. (cf. Mt 6,25-34)

En el Evangelio de hoy Jesús dice a Sus discípulos incluso:  
¡Finalmente recibiréis el céntuplo!

Por regla general no somos ni ricos ni pobres.  
Nuestro problema es que estamos en el medio  
y con ello estamos en peligro  
de mirar a los pobres por debajo del hombro,  
de admirar a los ricos y congraciarse con ellos.  
Como mínimo quisiéramos estar un poco en silencio como ellos.

Miramos “hacia arriba” y nos orientamos hacia los de “aquí  
arriba”.

A esto ya nos han enseñado nuestros padres, cuando aún  
estábamos en la escuela.

Debíamos tratarnos con los mejores alumnos,  
pero también un poco con los “mejores”, en el sentido de la  
gente mejor situada.

Una actitud así conduce rápidamente  
a ‘jorobas hacia arriba’ y a ‘andar hacia abajo’.

Así se genera un ‘orden de picoteo’ como en el ‘corral de  
gallinas’.

Pero como cristianos debiéramos:

- ⊕ Tomar partido –como Jesús;
- ⊕ Ser solidarios – como Jesús,
- ⊕ Compartir – como Jesús;
- ⊕ Dejarnos llevar a una nueva vida – con Jesús;
- ⊕ Tomar parte en todo estilo de vida alternativo – como  
Jesús lo cultivaba.

Sólo así podemos crecer internamente en la “familia de Dios” –  
por tanto, en aquella familia:

- ⊕ que Jesús promete a Sus discípulos en el Evangelio;
- ⊕ que los primeros cristianos hallaron en sus comunidades;
- ⊕ en la que se compartía y en la que todos tenían todo en  
común.

Sólo así podemos crecer internamente en aquella familia,

- ⊕ en la que todos son hermanas y hermanos, madres e hijos  
(bien entendido: ¡no padres en el sentido patriarcal!);
- ⊕ por tanto en la que todos –material y humanamente-  
pueden hallar el céntuplo por aquello a lo que los seres

humanos renuncian, cuando siguen a Jesús  
verdaderamente.

Amén

[www.heribert-graab.de](http://www.heribert-graab.de)

[www.vacarparacon-soderar.es](http://www.vacarparacon-soderar.es)